

# EL ESPÍRITU SANTO

Xabier Pikaza

## 1. EVANGELIO DE DIOS. ESPÍRITU Y REINO

La Biblia vincula el Espíritu de Dios con la *creación*, al decir que "aleteaba (se cernía) sobre la superficie de las aguas" (Gen 1, 2), y con la recreación o plenitud escatológica: el mundo no ha surgido por casualidad o capricho de Dios, ni culminará en la muerte, sino en el mismo amor divino. Así lo interpretan las dos grandes "religiones" bíblicas:

- *Judaísmo. A la espera del Espíritu Santo.* El Espíritu, que actuó en la creación y en los profetas, se manifestará plenamente en la culminación mesiánica de la realidad. En el momento actual, los justos se encuentran perdidos, dominados por la injusticia, sufrimiento y muerte. Pero saben que Dios ha de actuar: aguardan la manifestación del Espíritu a través del rey mesías (cf. Is 11,1-9), esperando que transforme a todo el pueblo, de manera que ellos (y todos los justos de la humanidad) puedan alcanzar la existencia liberada (cf. Ez 36-37; Joel 3,1-5). No hay Espíritu pleno todavía (cf. Jn 7, 39). Mientras enfermos y pobres sigan sufriendo no puede hablarse de Espíritu en la tierra.
- *Cristianismo. Anuncio del reino, presencia del Espíritu.* Allí donde el judaísmo esperaba la llegada del Espíritu de Dios, de una manera significativa, Jesús ha proclamado el mensaje del *reino*, realizando sus signos y ofreciendo ya el *Espíritu*, el despliegue salvador de Dios, su gracia. El Espíritu pertenece, según eso, a la *intimidad* de Dios, en su apertura hacia los humanos, pero ya se manifiesta y actúa en su mensaje de reino, transformando desde ahora a los humanos: curando a los enfermos, ofreciendo bienaventuranza a los pobres. No ha cambiado externamente el mundo, pero el Espíritu actúa y lo va transformando por dentro con su gracia.

El Espíritu de Dios recibe por tanto una función e identidad cristiana (=mesiánica) por Jesús. No sólo principio de transformación para el final de los tiempos, sino experiencia de liberación de los humanos: está unido al mensaje y signos salvadores de Jesús:

- *Jesús anuncia el reino como gracia.* Superando el juicio que, conforme al Bautista, amenazaba a todos (cf. Mt 3, 7-11), él nos lleva hasta el origen y meta de Dios presente ya en el mundo por el Espíritu.
- *Jesús ha realizado los signos del reino:* perdona, come con publicanos y expulsados, cura a posesos y enfermos, acoge a pobres y perdidos, realizando así la obra del Espíritu santo (=puro).

Precisamente aquí donde anuncia el reino como principio de transformación y libertad humana (perdón, curaciones), Jesús revela y "cristianiza" el Espíritu de Dios, volviéndose cristiano. Por eso dice a los escribas que le acusan: "si expulsos a los demonios con el *Espíritu* de Dios, eso significa que el *Reino* de Dios está llegando a vosotros" (Mt 12, 28). Reino y Espíritu se unen, oponiéndose a Satán, que oprime y perturba al ser humano, haciéndole esclavo de la muerte. El Espíritu es nueva creación, Vida de Dios que actúa a favor de los humanos, iniciando un camino que culminará en la pascua. Por eso se opone a los "espíritus impuros" (que destruyen al humano):

- *Los espíritus impuros (demoníacos)* utilizan incluso la ley del judaísmo, que ayuda al pueblo en su conjunto (como sistema sacral), pero oprime a los indefensos del sistema.
- *El Espíritu Santo* actúa por medio de Jesús, curando a los enfermos (posesos) y desbordando (rompiendo) el control de las leyes y sistemas de la religión y sociedad antigua.

Demoníaco es todo lo que oprime al ser humano. Propio del Espíritu es aquello que libera, haciendo posible la llegada del reino de Dios. Esta temática nos sitúa en el centro del mensaje y obra de

Jesús que se presenta como portador de la gracia y libertad de Dios para todos los humanos, iniciando desde el centro de Israel la obra escatológica que anunciaron los profetas:

El *Espíritu* del Señor está sobre mí;

- por eso me ha *ungido* para ofrecer la buena nueva a los pobres,
- me ha *enviado* para proclamar la libertad a los cautivos (Lc 4, 18; cf. Is 61, 1-2; 58, 6).

En verdad os digo: se perdonarán a los humanos todos los pecados y blasfemias que digan,

- Pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás...
- Porque decían: "tiene un espíritu impuro" (Mc 3, 28-30)

Los escriban entienden al Espíritu en clave nacional, como poder divino al servicio de sus intereses religiosos y sociales: acusan a Jesús y quieren acallarle, conforme al método tradicional del talión unánime, despeñándole de la roca de su pueblo. Pero Jesús escapa (cf. Lc 4, 28-30). Su visión del Espíritu de Dios que acoge y cura a los excluidos del pueblo, se vuelve conflictiva:

- *Sabe y proclama Jesús que todos los pecados se perdonan*, porque Dios es gracia y acoge a los pequeños y perdidos; el Espíritu es perdón universal, comunión abierta al reino que rompe las fronteras legales y sacrales del pueblo; por eso suscita el rechazo de los israelitas nacionales.
- *Los que rechazan el perdón (no acogen y perdonan a los expulsados del sistema) quedan sin perdón*, rechazando así la salvación, pues *pecan contra el Espíritu Santo*, que es perdón y comunión de Dios, (Mt 12, 31-32; cf. Mc 3, 28-30). Este no es pecado de *malos*, sino de los *piadosos egoístas*.

Según esto, *el Espíritu es el Reino*, como supone una variante del Padrenuestro (Lc 11, 2) que, en lugar de *venga el reino*, dice *venga tu Espíritu Santo*, como presencia de Dios y plenitud mesiánica. Este es el escándalo más fuerte, que los adversarios de Jesús han rechazado.

## 2. PASCUA DE JESÚS. ESPÍRITU Y RESURRECCIÓN

La muerte de Jesús ha puesto a prueba los aspectos anteriores de su vida y mensaje. (cf. Gal 3, 13). Por eso, ante su tumba se plantea la pregunta por Dios y su reino o Espíritu.

- *Algunos dicen que Jesús no tiene Espíritu de Dios*: lo que ha hecho es contrario a los principios sacrales de Israel, de la verdadera salvación. Ha muerto rechazado.
- *Otros dicen que el Espíritu actúa sólo al fin del tiempo*, pues Dios es aquel "que crea a los que no existían y que resucita a los que habían muerto", según la fe de Abraham (cf. Rom 4, 17).
- *Los cristianos confiesan que Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos, por la fuerza del Espíritu* (cf. Rom 1, 3-4; 4, 24), inaugurando así la nueva creación, la salvación escatológica.

Esta es la fe de Heb 9, 14 (*Cristo se ha entregado por el Espíritu eterno*) y del canto pascual de Rom 1, 3-4 (*constituido Hijo de Dios en poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos*). La pascua es revelación pneumatológica (=del Espíritu):

- *Muerte. Entrega de amor*. Podía parecer que el Espíritu actuaba sólo a través del triunfo externo: curación de los enfermos, exorcismos. Pues bien, ahora aparece como amor creador precisamente en la muerte de Jesús: su entrega por los otros, su mayor debilidad, este es su revelación suprema. Amor que permanece fiel hasta la muerte, poniéndose en manos de Dios, para bien de los demás: esto es el Espíritu.
- *Resurrección. Pascua mesiánica*. Jesús se ha puesto en manos de Dios por el Espíritu (expresando su vida como gracia). El Padre Dios le acoge y libera de la muerte, culminando su despliegue creador. De esa forma se vinculan e identifican *Espíritu de Jesús-Hijo* (que regala su vida al Padre, regalándola a los humanos) y *Espíritu del Padre* que acoge al Hijo en la muerte y resucita.
- *Espíritu de Dios, Espíritu en la iglesia (=en la historia cristiana)* La pascua, diálogo de amor entre Padre e Hijo, no es sólo revelación divina del Espíritu, sino principio y fuente de la nueva comunidad humana: de la Iglesia. Así ha venido a revelarse por Pentecostés, como fuente y sentido de amor en la historia. No

tenemos que esperar el fin del mundo (Ap 21-22), sino que podemos vivir ya la presencia y plenitud del Espíritu en la iglesia.

El Espíritu ha llegado, pero la historia no termina, sino que ha sido recreada por la iglesia. Este es el descubrimiento mesiánico: la muerte y resurrección de Jesús es la plenitud mesiánica. Ahora y sólo ahora puede hablarse de cristianos: aquellos a quienes la experiencia del Espíritu de Cristo, expresado en la pascua les hace vivir ya en plenitud:

- a. Si el *Espíritu* de aquel que ha resucitado a Jesús de entre los muertos
  - b. habita en vosotros,
  - c. el que ha resucitado al Cristo de entre los muertos
  - b' vivificará también vuestros cuerpos mortales,
- a'. en virtud de su *Espíritu* que habita en vosotros (Rom 8, 11).

*El Espíritu ha resucitado a Jesús.* Esta es su tarea principal, su definición: se ha expresado en la entrega de amor de Jesús (en su Cruz); despliega todo su amor y culmina su obra (su ser) por la resurrección. *El mismo Espíritu resucitará (vivificará) a los cristianos*, que han muerto a este mundo (cf. Rom 8, 10), es decir, superando la vida *carnea*, de violencia y lucha, de imposición y miedo. Así aparece Jesús como Hijo de Dios por el Espíritu (cf. Rom, 1, 3-4), y los cristianos se vuelven también hijos y superando la antigua servidumbre en el Espíritu pueden invocar a Dios diciendo *¡Abba! Tú eres mi Padre* (Gal 4, 5-6; cf. Rom 8, 15-16). Jesús (Hijo de Dios) y el Espíritu Santo se vinculan, como ha mostrado Pablo cuando alude a los dos *humanos (adanes)*, que no se suceden en proceso de caída (como pensaba Filón y otros judíos) sino de elevación:

- *El primera Adán fue alma viviente*, humano de la tierra capacidad vital, en plano de este mundo.
- *El último Adán* viene del cielo (1 Cor 15, 45-47), y es *Pneuma que da vida*.

*El primer Adán es alma viviente* en sentido "animal": así se desarrolla y muere en ámbito de historia vieja; viene de la tierra y a la tierra vuelve, en proceso siempre frágil, limitado. *El segundo Adán*, Hijo de Dios resucitado, ha vencido a la muerte y así viene a desvelarse en su verdad como *Espíritu vivificador: El Señor es el Espíritu y donde está el Espíritu del Señor allí está la libertad* (2, Cor 3, 17). El Señor resucitado es *Pneuma* o Espíritu vivificante, no en sentido individual cerrado, sino como principio de nueva humanidad, como vuelve a decir Pablo:

- *Moisés* está vinculada a la letra (escrita en unas tablas) y a la muerte (el camino de su pacto acaba). Así representa el orden que se impone por la fuerza, la corrupción y el miedo que nos ata a la violencia.
- *Cristo ha rasgado el velo de la ley*, superando por la muerte el miedo a la muerte y Dios le ha hecho Espíritu vivificador, principio de vida y libertad para todos los humanos (2 Cor 3-4):

El mismo Jesús, que es Kyrios o Señor que ha triunfado de la muerte, viene a mostrarse así como Espíritu vivificador. Significativamente, las palabras centrales de Pablo forman la base del dogma de la iglesia, pues el credo de Nicea-Constantinopla llama al Espíritu *Señor y Dador de Vida (Kyrios y Dsopoioûn)*: su señorío y poder vivificante pertenecen al nivel definitivo de la libertad, al nuevo ser humano que rasga el velo de mentira y muerte para nacer como creyente liberado.

### 3. PENTECOSTÉS. ESPÍRITU E IGLESIA

*La iglesia surge* nace del Espíritu de Cristo como portadora de libertad y plenitud. Allí donde muchos aguardaban el Reino como solución de todo aparece la Iglesia como nuevo principio de vida mesiánica en el mundo, superando así el nacionalismo israelita de los judeo-cristianos:

- *Los judeo-cristianos* de Jerusalén confiesan a Jesús como Señor, pero han tendido a entender su pascua en clave intra-israelita. Por eso siguen observando la ley nacional y se mantienen, como grupo de renovación escatológica, al interior del judaísmo. Piensan que debe revelarse Jesús de un modo glorioso y que primero se convertirá Israel; luego llegarán los otros pueblos. No es tiempo de renovación universal, de misión a las naciones. El Espíritu de Cristo les encierra todavía al interior del judaísmo.
- *Por el contrario, los heleno-cristianos* y después san Pablo (cf. Hech 6-15) han descubierto que el Espíritu desborda las barreras del antiguo judaísmo, creando una comunión escatológica (=universal) de fieles liberados de la ley y unidos por el amor que brota de la fe en el Cristo. Pentecostés se expresa en la apertura universal, ya en este tiempo de historia, a todas las naciones: el Señor resucitado es desde ahora principio de libertad y comunión para todas las naciones.

El despliegue pascual de Dios (que se expresa y culmina como amor entre Jesús y el Padre) es principio y sentido del Espíritu Santo. Así pasamos de la ley nacional judía a la libertad universal cristiana, de la nación particular a la misión católica. Para los *judeocristianos* Jesús es por ahora un reformador intra-judío: esperan su manifestación final, cuando transforme en su venida cielo y tierra. Pero *Pablo y los cristianos helenistas* saben que Jesús ha realizado la acción definitiva de Dios: culmina el tiempo antiguo, supera la barrera de judíos y gentiles, como ha señalado Hech 2:

- *Gesto y signos*. El Espíritu de Dios se manifiesta en viento y terremoto, *lenguas de fuego*. Todos los cristianos se vuelven capaces de hablar en otras lenguas: su *glosolalia* es signo de misión universal. Bautizados por el Espíritu de pascua, los cristianos renacen a la vida pascual (Hech 2, 4).
- *Universalidad*. Cada pueblo recibe el mensaje en su lengua, cada uno conforme en su cultura. Los reunidos en Pentecostés son representantes de la humanidad entera: partos y medos, elamitas y mesopotamios, judíos y capadocios, del Ponto y Asia... (2, 5-9).

Según eso, el Espíritu de Dios es principio de nueva humanidad, comunión que desborda las fronteras, abriendo desde el mismo judaísmo un camino universal. *Marcos y Mateo* habían dicho las cosas de otro modo: más tajantes: tras la muerte de Jesús, los discípulos tuvieron que "escapar" de Jerusalén donde sólo quedaba una tumba vacía, para iniciar el nuevo camino pascual del Espíritu en Galilea (Mc 16, 1-8; Mt 28, 1-20). *Lucas*, en cambio, ha querido fundar la pascua y tarea de la iglesia en las raíces judías de Jerusalén, situando allí la escena de Pentecostés, iniciando desde allí el despliegue universal del Espíritu. En un nivel, todo es judío, en otro todo es universal: las diversas "lenguas" son signos de las culturas y tradiciones de la tierra, vinculadas desde la misión que se inicia en Jerusalén, por Jesús resucitado, por la fuerza de su Espíritu (Hech 1-2):

- *Jesús* había superado la ley nacional israelita al convocar para su reino a los perdidos-pecadores-expulsados que se hallaban fuera de la alianza. Sin el arraigo en el Jesús histórico y su llamada a los marginados se destruye la novedad del Espíritu cristiano.
- *Los nuevos cristianos*, empiezan por Jerusalén, pero rompen después la ley israelita y superan las fronteras de su pueblo, para convocar por medio del Espíritu de Cristo a los humanos de todas las naciones, formando con ellos la universal, escatológica

La novedad de los cristianos no está sólo en que tienen mejor espiritualidad o devoción interna, sino en el hecho de que el Espíritu pascual (comunión de Dios y Jesús) les hace una comunidad abierta a todos los humanos. El *Espíritu de Cristo* se desvela así como "amor, gozo, paz" (cf. Gal 5, 22) para todos los humanos, a lo ancho del mundo, a lo largo del tiempo. *Línea sincrónica*: el Espíritu es principio de unidad comunitaria, supera las barreras de judíos y gentiles, vinculando a todos los creyentes en un mismo espacio de amor y libertad interhumana. *Línea diacrónica*: el Espíritu es principio escatológico de la historia, hace que culmine el tiempo y sitúa a los creyente en camino de recreación final del ser humano.

#### 4. DIVINIDAD Y PERSONALIDAD DEL ESPÍRITU

El Antiguo Testamento podía presentar al Espíritu o *Ruah* de Yahvé como personificación de Dios. Pero el Nuevo Testamento le presenta como divino en sí mismo, de manera que la Iglesia le confesará "persona" divina junto a (con el) Padre y el Hijo. Esta identidad divina del Espíritu Santo se encuentra vinculada al *despliegue del nacimiento, vida y pascua de Jesús*:

- *Nacimiento*. La tradición evangélica (Mt 1, 18-25; Lc 1, 26-38) sabe que Jesús, Hijo de Dios, no ha nacido sin más como otros humanos, en una historia general de providencia divina, sino por influjo particular de Dios, por obra del Espíritu: su nacimiento humano por el Espíritu en María es signo de su generación
- *Vida*. Jesús actúa directamente desde Dios, porque ha recibido su Espíritu, escuchando la voz del Padre que le dice: *Tú eres mi Hijo, el Predilecto; en ti me he complacido* (Mc 1, 10-11 par), realizando su acción de reino y presentándose como mesías de la historia (cf. Lc 4, 18; Hech 10, 38).
- *Pascua*. En la muerte, Jesús *se ofreció a Dios sin mancha por medio del Espíritu eterno* (Heb 9, 14), en amor que trasciende todos los sacrificios anteriores. Dios le ha recibido en amor pleno, resucitándola de la muerte. El Espíritu se identifica con *el amor de Cristo* (que pone su vida en manos de Dios Padre) y con el *amor del Padre* que acoge y resucita al Cristo (para bien de todos los humanos).

Jesús viene a desvelarse como *Hijo* de Dios Padre siendo *Ungido* del Espíritu. El Espíritu de Dios pertenece al surgimiento y vida mesiánica de Jesús, formando parte del mismo ser divino, en unión de amor al Padre. Llegando hasta el final en esa línea, Juan habla del Espíritu en términos de experiencia escatológica y de teología trinitaria:

- *El Espíritu pertenece al Padre*. Es Paráclito, nuevo Consolador, que viene de Dios (cf. Jn 14, 16). No será sustituto temporal, ni competidor de Jesús, sino exegeta de su obra, culminador de su camino, porque "brota del Padre" (Jn 15, 26; cf. Jn 14, 16), es decir, pertenece al misterio de Dios.
- *El Espíritu es de Jesús*. Cumplido su camino personal, Jesús eleva su vida y obra mesiánica ante Dios, implorando su Espíritu, para culminar su acción salvadora. el Padre lo envía en su nombre (Jn 14, 26). Más aún, el mismo Jesús podrá enviarlo, como don escatológico (Jn 15, 26): conviene que él culmine su camino, porque sólo así dará a sus fieles el misterio del Espíritu (cf. Jn 16, 8).
- *El Espíritu es el don Pascua*, como supone Jesús cuando ofrece el agua viva de su gracia sobre el templo: "Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que debían recibir los que creyeran en él; pues aún no había Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado todavía" (Jn 7, 39). Culminado su camino, Jesús regalará a los fieles el agua de gracia y vida eterna, Amor culminado (cf. Jn 4, 14; 7, 37-38), el Espíritu mesiánico que brota en la cruz de su costado hecho fuente de agua y sangre (cf. Jn 19, 34). Por eso, el evangelio indica que al morir "entregó el Espíritu" y al resucitar lo dio a los apóstoles: "recibid el Espíritu Santo" (Jn 19, 30; 20, 22).

Por eso, el Espíritu ya no es sólo de Dios (como en el Antiguo Testamento), ni sólo de Jesús, sino de ambos: Padre e Hijo se encuentran vinculados por un mismo Espíritu de amor, por una vida común que les unifica y diferencia, de manera que Jesús puede afirmar que ha ofrecido a los humanos "todo lo que ha recibido" (y/o escuchado) de su Padre (Jn 15, 15), porque "todo lo mío es tuyo, todo lo tuyo es mío" (Jn 17, 10), en comunión de amor intra-divino (Jn 17, 21-23). De esa forma, en un sentido extenso, el Espíritu aparece ya como divino y también como "persona":

- *Juan* le define como Paráclito que enseña, recuerda los caminos de Jesús (Jn 14, 26), da testimonio de su vida sobre el mundo (cf. Jn 15, 26-27; 16, 8).
- *Pablo* añade que el Espíritu intercede en favor de los humanos, enseñándoles a orar y orando por ellos ante el Padre, como sólo una persona, dueña de sí misma, puede hacerlo (cf. Rom 8, 26).
- *Hechos* 15, 28 supone que el Espíritu actúa en la comunidad reunida, vinculándose al *nosotros* de los creyentes y abriendo un camino de concordia y comunión entre los fieles.
- *Mateo* 28, 19 diviniza y personaliza al Espíritu Santo, junto al Padre y el Hijo, pues el bautismo se realiza "en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu".

Pero, siguiendo la línea del *arrianismo*, muchos cristianos del siglo IV pensaron que el Espíritu era una especie de "entidad inferior" al Padre (y al Hijo), y lo entendieron con categorías ontológicas de tipo helenista. La *iglesia* respondió en el Concilio Constantinopla (año 381), aplicando los principios de Nicea (año 325) y diciendo que el Espíritu santo no tiene una esencia inferior, sino que es totalmente divino, como el Padre y el Hijo: *Es Señor y Dador de vida, procede del Padre; con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria; habló por los profetas*. El credo no aplica al Espíritu la palabra conflictiva (*homoousios*, consubstancial a Dios), que Nicea había atribuido a Jesucristo, pero le confiesa totalmente divino:

- *Historia de la salvación: habló por los profetas*. Ciertamente, es de Cristo, pero, al mismo tiempo, es de Dios; eso se dice que "habló por los profetas": actuó y sigue actuando en el camino de la historia, en la cultural social y religiosa de los pueblos, a partir de los profetas.
- *Nivel intradivino: es Señor y Vivificador*. Es *Señor* (cf. 2 Cor 3, 17): pertenece a Dios y sustenta todo lo que existe. Es *Vivificador* (cf. 2 Cor 3, 5 y Jn 6, 63): lleva a la vida (cf. Rom 1, 3-3; 8, 11) y resurrección (cf. Jn 5, 21; Rom 4, 17; 8, 11; Cor 15, 22.36.45; 1 Ped 3, 18), y así podemos vincularle con la Vida eterna.

El credo vincula Espíritu con al Padre y el Hijo, con quienes *recibe una misma adoración y gloria*. En esta línea, los Padres Capadocios (Gregorio Nacianceno, Gregorio Niseno, Basilio), la iglesia ha llamado al Espíritu *tercera persona* de la trinidad, definiendo su realidad como *Hipóstasis* (subsistencia) o *Prosopon*, rostro personal de Dios. En esa línea pueden y deben darse cuatro respuestas progresivas que nos introducen en el límite final de toda realidad:

- *El Espíritu es Amor intra- divino*, plenitud del proceso de Dios, que culmina en el Amor común del Padre y del Hijo. El Espíritu aparece así como amado, Amor-Personal. Dios no es un poder errante, en busca de sí mismo, un ser frustrado, que no llega a su final, sino ser realizado, completo, gozoso.
- *El Espíritu es Amor común de dos personas*. No es sólo *Amor de Dios* hacia los hombres, sino *Amor-mutuo* (inter-personal) del Padre por el Hijo y viceversa. Por eso le llamamos "ámbito de encuentro", comunión intradivina, persona que vincula a dos personas, *tercera persona de Dios*.
- *El Espíritu es Tercero siendo Condilecto* o Coamado: aquel a quien el Padre y el Hijo aman juntos, suscitándole con su entrega mutua. Así decimos que el *Padre* es persona engendrando al *Hijo*; el *Hijo* recibiendo el ser del Padre; ambos, Hijo y Padre, suscitando y amando juntos al Espíritu Santo.
- *El Espíritu es Gratuidad hecha persona*, el mismo Dios que culminado su camino en amor viene a mostrarse como Amor que se regala, realidad que es Don. La tradición teológica le ha identificado desde antiguo con la Caridad, es decir, con la Gracia increada: no o es un Don que Dios nos da, sino el mismo Dios hecho Don, Gracia, Regalo. Dios no ha querido ofrecernos un regalo externo, sino que él mismo se vuelve Donación, Regalo, como ha destacado Juan Pablo II: "El Espíritu Santo es la expresión personal de esta donación... Es Persona-Amor, es Persona-Don" (*Dominum et vivificantem* 10).

Al llegar aquí culminan y acaban los discursos racionales y tenemos que volver a la experiencia evangélica del Espíritu entendido como gracia. Pueden hacerse mil teorías sobre el Espíritu Santo. Puede afinarse el instrumental dialéctico, precisar las palabras... Pues bien, todas resulta al fin inútiles si no volvemos a la fuente del evangelio, al mensaje y vida de Jesús, al campo de amor y de reino donde viene a expresarse la persona humana. Así lo sabe *Credo Apostólico o romano* cuando dice: *creo en el Espíritu Santo, la santa iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna*. El Espíritu se muestra y revela en el perdón de los pecados, la comunión de los santos y la vida eterna (= resurrección de la carne).

## 5. ESPÍRITU Y PERDÓN. EL PRINCIPIO DE LA HISTORIA

Al ocuparnos *del mensaje y vida de Jesús*, hemos visto que el Espíritu se hallaba ligado a la experiencia de perdón y nuevo nacimiento, de manera que su apelativo principal de *santo (hagion)* como opuesto a los *espíritus impuros* o sucios (*akatharta*) que destruían al ser humano. Hay una santidad hecha de exclusión y separaciones, pero la del Espíritu de Jesús es perdón y acogida: es principio de reconciliación gratuita que supera en amor los pecados. La tradición evangélica sabe que Jesús se ha mostrado vivo tras su muerte a los mismos discípulos que habían rechazado su camino, hasta abandonarle en el Calvario. Pues bien, invirtiendo el pecado y rechazo anterior, Jesús ofrece a los suyos el Espíritu como poder de perdón:

Les dijo: – ¡Paz a vosotros! Como me ha enviado el Padre así os envío a vosotros.  
Y diciendo esto sopló sobre ellos y les dijo: – Recibid el Espíritu Santo.  
A quienes perdonareis los pecados, les quedarán perdonados,  
a quienes se los retengáis, les quedarán retenidos (Jn 20, 21-23).

El Jesús pascual es emisor del Espíritu, como presencia del Dios que había "soplado en los humanos su aliento de vida" (Gen 2, 7), colocándoles ante la ley del juicio (el bien y el mal, el riesgo del castigo). Esta *nueva creación pascual* se define por el Espíritu de perdón: *Jesús sopla su Aliento*, el Espíritu de amor, sobre los fieles y, por ellos, sobre todos los humanos. Por eso dice Jesús "a quienes perdonéis...". Los creyentes no son sólo receptores pasivos: pueden convertirse y se convierten en portadores de perdón, a través de un camino de gratuidad universal, superando las fronteras de la ley israelita. Los creyentes son mediadores del perdón de Jesús, ministros del Espíritu, en sentido *expansivo* (a quienes perdonéis....) y de *identificación* interior (a quienes se los retengáis...). Volvemos de esa forma al tema ya evocado al referirnos al *pecado contra el Espíritu Santo* (Mc 3, 28-30), que Mt 18, 15-20 ha vuelto a presentar en ámbito de iglesia, destacando la gracia y riesgo del perdón:

- *El Espíritu del perdón es lo más débil*. Más fuerte es la ley, más clara la imposición. Parece que el perdón no puede construir ningún edificio de humanidad, quedando a merced de la violencia de los otros.
- *El Espíritu del perdón es lo más poderoso*: suscita comunión gratuita entre personas que se encuentran sin juzgarse ni acusarse, en confianza mutua, venciendo los recelos anteriores; es fuerza amorosa de Dios.

Donde decimos *creo en el perdón* podríamos decir *creo en el Amor que se entrega, en debilidad y confianza, en gratuidad y gozo del Espíritu*, permanece para siempre. (cf. 1 Cor 13). En el principio del evangelio el perdón: la gratuidad, el regalo del Espíritu, la superación del juicio. El mundo viejo funciona sobre bases de talión, pero Jesús ha dicho *no juzguéis* (Mt 7, 1 par), definiendo de esa forma el misterio de su Espíritu divino que es amor sobre la ley, perdón sobre toda condena, vida compartida. Por eso, hemos dicho que el Espíritu Santo es persona Don que se revela en el bautismo.

- *El Espíritu es perdón ofrecido a cada persona*. Cada creyente escucha con Jesús en su bautismo: *¡Tú eres mi Hijo predilecto, en ti me he complacido!* Más que perdón, esto es pura gracia. Más que "perdonado", el creyente se descubre amado: no se le obliga a conquistar nada por la fuerza. Vive porque Dios le ama en Jesús, su Señor, sabiendo que "donde está el Espíritu del Señor allí está la libertad" (2 Cor 3, 17).
- *El Espíritu de perdón implica nuevo nacimiento*, sobre el plano de la carne y sangre (cf. Jn 1, 12-13). Así dice Jesús a Nicodemo, maestro de Israel, en medio de la noche y miedo: *Quien no nazca de nuevo... Quien no nazca del Agua y el Espíritu no entrará en el reino de Dios... El Espíritu sopla donde quiere, así es todo el que nace del Espíritu* (Jn 3, 3.5.7-8). Nacer del Espíritu implica nacer a la libertad.

El perdón resulta hermoso, pero suele suceder que no sabemos qué hacer con el perdón, cómo comportarnos. *Juan Bautista* había condensado una larga experiencia escatológica anunciando un *bautismo de Huracán (viento destructor) y Fuego*, pues humanos se hallaban maduros para el juicio (cf. Mt 3,7-11); el perdón era imposible, tenía que llegar la "hora" del juicio. Pues bien, asumiendo

el mensaje de la vida y pascua de Jesús, *los cristianos* han ofrecido a todos los pueblos un *bautismo de perdón en el Espíritu*. Dios no condena a los humanos, sino que en lugar del juicio les ofrece la gracia de su amor (cf. Mc 1, 8; Hech 1-2). Pablo ha expresado de forma ejemplar esta experiencia de muerte y nuevo nacimiento, en el Espíritu del Hijo, que nos hace clamar ¡Padre! (Gal 4,6).

Los cristianos han muerto de manera mesiánica (pascual) con Jesús, para renacer con él e iniciar sobre el mundo la existencia verdadera. Según ley, de acuerdo con sus obras de violencia, los humanos deberían haber muerto; el mundo tendría que haberse terminado para siempre. Pues bien, donde amenazaba la muerte, destruyendo a los humanos, ha triunfado la vida del Espíritu. El perdón y filiación del Espíritu (cf. Rom 8,15) constituye la forma de vida más honda de los fieles que renacen en amor a la Vida de Dios (cf. 1 Cor 12-14). Ese perdón se vuelve principio de gratuidad: no es sólo destrucción del pecado, borrar lo que antes fuimos, sino renacer a la Vida verdadera (cf. Rom 6,1-14). Para Pablo y los primeros cristianos, el perdón tiene un rostro y nombre: es el Espíritu de Jesús.

*La sociedad civil* funda su justicia en la seguridad de la ley, vinculada a la violencia, para defender los intereses del sistema. *La iglesia de Jesús* se funda en el perdón y gracia del Espíritu Santo, abriendo un espacio de reconciliación, pues Dios ha superado la justicia legal, el juicio del talión y la venganza, mostrándose divino. Su Espíritu no actúa como ley moral sobre nosotros (Kant), no es la victoria de la razón, ni el orden que se impone por pactos sociales (que normalmente protegen a los poderosos). Es Espíritu de Dios es gracia, perdón creador, el único tesoro que la iglesia puede ofrecer a los humanos. Se ha dicho que *el siglo XXI será místico o no será*, destruyéndose a sí mismo. Pues bien, más que místico en sentido abstracto, tendrá que ser un siglo de perdón, si quiere mantenerse y ofrecer a los humanos un futuro de reino. Con la pura ley corremos el riesgo de destruirnos.

## 6. ESPÍRITU Y COMUNIÓN. LA RIQUEZA DE LA HISTORIA

Del perdón pasamos a la comunión, invirtiendo el esquema del símbolo romano (*creo en el Espíritu Santo, la comunión de los santos, el perdón de los pecados...*). El mismo perdón es principio de diálogo, como ha mostrado Lucas de forma programática en Hechos, cuando pasa del carisma externo (don de lenguas: Hech 2) a la comunión eclesial:

Todos los creyentes tendían a lo mismo y tenían todas las *cosas* en común (Hech 2, 44).  
La multitud de los creyentes tenía *un corazón y un alma sola*;  
y nadie llamaba suyo aquello que tenían, sino que todo lo tenían en común (Hech 4, 32).

Esta *comunión* de corazón, alma y bienes (afecto, opción creyente, riquezas materiales) constituye el fruto y presencia del *Espíritu de Cristo*. Los primeros creyentes habían aguardado quizá la destrucción del mundo. Pues bien, allí donde, esperando a Jesús, se disponían para el gran juicio de Dios, han encontrado la comunión: estaban dispuestos a morir, dejando así que el mundo acabe y se revele Cristo por su parusía. Pues bien, en contra de eso, el Espíritu de Cristo les ha llevado a compartir la vida, en gesto de nueva creación. El mismo bautismo de perdón y nuevo nacimiento (cf. Hech 2, 37) suscita comunión de amor entre los fieles (cf. Hech 2, 42-47). En un primer momento, esa experiencia de comunión puede entenderse en plano limitado, dentro del esquema anterior del judaísmo. Pero, pronto, ella desborda las limitaciones nacionales y se expande a lo ancho y largo de la tierra. La misma comunión humana es signo y presencia escatológica de la Comunión del Espíritu de Dios, meta de la historia. Ciertamente, pueden suceder y sucederán acontecimientos de tipo económico y social, científico y militar; pero la Comunión del Espíritu de Cristo es meta de la historia.

Esta experiencia está en la base de la "conversión" de Pablo. A su juicio, la *ley nacional de Israel* sancionaba la división entre puros e impuros, en plano de obras, justificando así la diferencia y lucha entre los humanos, sometidos bajo la tutela de la ley, en minoría de edad, teniendo que

merecer el puesto que ocupaban en la sociedad: por eso, se organizaban según obras y méritos. Pues bien, en contra de eso, *el Espíritu de Jesús* supera las viejas divisiones, la carrera de méritos, el mérito de las obras, la estructura de una sociedad fundada en principios de imposición. De ahora en adelante, los humanos pueden vincularse ya por pura gracia, desde el don de Cristo (cf. Gal 3,21):

Ya no hay más judío ni griego, ya no hay más siervo ni libre,  
ya no hay más varón ni hembra; todos vosotros sois uno en el Cristo Jesús (Gal 3, 28).

*La ley* ratificaba el triunfo de los más violentos o capaces, de los que sobreviven con su esfuerzo, imponiendo el orden de su fuerza sobre los demás (judíos frente a gentiles, ricos frente a pobres, libres frente a esclavos etc.). Pues bien, *el Espíritu de Cristo* vincula a los humanos en gesto de gracia, de manera que todos se unen desde Dios por lo que son, en perdón y comunión, no por lo que tienen o hacen. Hasta ahora no ha existido verdadera comunión, sino carrera de luchas, búsqueda de influjos, combate generalizado. Ahora y sólo ahora, desde la unidad de Cristo que nos hace humanos (hermanos, hijos de Dios), empieza la historia de la gracia que vincula en amor y libertad a todos, porque *hay división de carismas, pero un mismo Espíritu; división de servicios, pero un mismo Señor; división de actuaciones, pero Dios es quien actúa todo en todos* (1 Cor 12, 4-6 ; cf. Gal, 4,5-6):

- *El Espíritu es múltiple* y se expresa en los diversos cometidos y funciones de la iglesia, como amor que hace a los unos servidores de los otros: uno destaca en sabiduría, otro en fe; uno habla mejor, otro realiza servicios de tipo social. Varones y mujeres, humanos de todos los pueblos, razas y culturas forman una misma comunidad de amor gratuito.
- *El Espíritu es uno* y vincula a todos los humanos, en una comunidad que no se funda en la pura experiencia interior, en ideas o principios generales, sino en la Comunión y Confianza mutua, desde Cristo. Por eso decimos que *han llegado los últimos tiempos*: ha culminado el camino de la historia. No puede venir algo distinto, porque ha venido el Amor definitivo, el mismo Espíritu de Dios en Cristo.

Esta es la novedad del evangelio: que todos los hombres y mujeres pueden compartir por Dios, en Cristo, un camino de esperanza, una experiencia de amor que les hace vincularse mientras siguen caminando. Ellos se distinguen de múltiples maneras, pero no para la envidia y lucha mutua, sino para servirse y gozarse mejor unos a otros, en amor: *Como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, así también el Cristo. Porque todos nosotros hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo, ya seamos judíos o griegos, siervos o libres; y todos hemos bebido un mismo Espíritu* (1 Cor 12, 12-14).

El *judaísmo nacional* formaba un cuerpo organizado y bien trabado por la tradición y costumbres sociales, culturales, religiosas: la ley les vinculaba en unas prácticas comunes de comidas, limpiezas, y rituales esponsales. El "espíritu" de Dios se reflejaba para ellos en un código social y nacional, interpretado como ley de Dios. Los *cristianos* (judíos mesiánicos y gentiles convertidos) carecen de ley nacional y costumbres exclusivas: no pueden apoyarse en tradiciones sacrales, ni lazos de tipo cultural que les vinculan a nivel económico y político; no son una nación, no forman un estado, pero tampoco son una simple asociación cultural, un club espiritual, una ONG con fines limitados. Ellos quieren suscitar y suscitan una comunión mesiánica (no gubernamental, no político) abierta en amor y comunión de vida, a todos los humanos.

- *Los humanos se vinculan* de múltiples maneras, por intereses *familiares y raciales, económicos y sociales, religiosos, culturales, militares*, pero sus vinculaciones tiende a enfrentar a libres contra esclavos, a judíos contra gentiles, suscitando así una humanidad de violencia, el orden se impone por la fuerza. A ese nivel pertenece, según Pablo, la ley del judaísmo.
- *Los cristianos* quieren formar una *comunidad de amor universal (=católico)*, en claves de gratuidad, desde los más pobres, abriéndose a todos los pueblos de la tierra, sin emplear medios de poder político-

militar (como Roma) o de imposición legal (como podía hacer el judaísmo), en gesto donde quedan incluidos los diversos planos de la vida (económico, afectivo etc).

- *La iglesia es universal, pero no se instituye el forma de sistema*, como quiere hacer y hace en la actualidad el neo-liberalismo económico, que ha impuesto su globalización capitalista y burocrática en todo el mundo. Algunos ilustrados del XVIII y XIX (Kant, Hegel) tendieron a pensar que la unión final ser haría en claves estatales. Otros analistas modernos han pensado que la única forma de unión interhumana universal es la que ofrece el sistema neo-liberal. Pues bien, en contra de eso, los cristianos han querido y quieren suscitar una comunidad universal de vida por medio del Espíritu santo, en claves de gratuidad y amor mutuo.

Los creyentes *han sido bautizados*, es decir, han renacido por la fuerza del Espíritu de Cristo, de manera que pueden superar los antiguos niveles de lucha y opresión, una comunidad social de gratuidad y amor activo que se abre a todos los humanos (1 Cor 12,14-30). Esta nueva corporalidad social cristiana (=Iglesia) se vincula a la presencia del Espíritu, al amor que reúne a los creyentes. Por eso, 1 Cor 13 identifica Espíritu Santo y Amor mutuo, describiendo las claves de eso que pudiéramos llamar la nueva *estructura social de la historia*. De ahora en adelante, la historia de lucha entre los pueblos (caudillos y naciones, imperios y multinacionales) aparece como secundaria. Sólo hay una historia verdadera y duradera: la *historia del amor*, que interpretamos como *historia del Espíritu*:

Si hablara las lenguas de humanos y ángeles, si no tengo Espíritu,  
soy un bronce que resuena, un címbalo que tañe...  
El Espíritu es paciente, es afable, no tiene envidia,  
no se jacta ni se engríe, no es grosero ni busca lo suyo.  
El Espíritu disculpa siempre, siempre se fía, espera siempre, aguanta siempre.  
Terminan las profecías, se apagan las lenguas, el saber se acaba...  
El Espíritu permanece para siempre (1 Cor, 13).

El Espíritu es el mismo Amor activo, principio y sentido final de la vinculación interhumana, que reúne para siempre a judíos y gentiles, formando un solo cuerpo, una unidad social o iglesia que vincula a todos los humanos, abriéndose (abriéndoles) en gracia hacia el misterio de Dios Padre (cf. Ef 2, 16-18). Desde esta perspectiva, sólo es verdadera la historia del amor mutuo, la mutua acogida entre los humanos, llamados a guardar "la unidad del Espíritu, en el vínculo de la paz", porque:

- *Hay un sólo Cuerpo y un Espíritu...*
- *Hay un Señor*, una fe, un sólo bautismo.
- *Hay un Dios que es Padre* de todos (Ef 4, 3-6).

Esta es la tarea de la unidad en el amor, la historia verdadera, que dirige a los humanos hacia la unidad en el amor, por encima de los enfrentamientos de pueblos y grupos sociales. La iglesia del Espíritu es, por tanto, un signo católico, de unidad de todos los humanos (no sólo los cristianos). Por eso, en su raíz está el mensaje universal de Mt 25, 31-46: no importa el triunfo de los pueblos, la riqueza de las naciones, el orden conseguido a través del rechazo de los excluidos o de la expulsión de los disidentes. En contra de eso, el Cristo de la iglesia asume como propia la anti-historia de dolor de los hambrientos y sedientos, de los exilados y desnudos, enfermos y encarcelados: *¡venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre, estuve exilado...!* Para ellos (enfermos y pobres, impuros y pecadores) había querido suscitar Jesús el reino, por medio del Espíritu. Con ellos y para ellos ha creado el Señor pascual la iglesia, en el mismo Espíritu: en el reverso de la historia oficial y triunfadora de este mundo se manifiesta el Espíritu Santo.

La iglesia del Espíritu no es pura comunión intimista, sino realidad social, cuerpo que quiere vincular a todos los humanos, desde el mensaje y vida de Jesús, partiendo de los más pobres. De esa forma, lo más misterioso y aparentemente lejano (Espíritu) viene a desvelarse como lo concreto y

cercano: es fuerza de salvación para los oprimidos del mundo, es principio de unidad entre los fieles, en camino que se abre a todos los humanos. Según eso, el Espíritu es principio de vida compartida (de ayuda a los marginados, de comunión de todos) que vincula en amor a todos los humanos. Dios no se ha encarnado sólo en un Hijo individual, sino en el primogénito de todos los hermanos, en el Cristo portador del Espíritu.

Así pasamos de la *encarnación individual* (el Hijo de Dios es Jesús) a la *comunitaria o mesiánica* (todos los humanos pueden vincularse, formando cuerpo de amor, a través del Espíritu de Jesús). Algunos teólogos han hablado de una cuasi-encarnación del Espíritu Santo en la Madre de Jesús: el Hijo de Dios se encarnaría en lo masculino de Jesús: el Espíritu de Dios se manifestaría en lo femenino de María. Pues bien, aún teniendo valores simbólicos, esta hipótesis nos parece poco exacta. Ciertamente, el Espíritu santo aparece vinculado a María de un modo especial, tanto en la encarnación (Lc 1, 26-38) como en el surgimiento de la iglesia (Hech 1, 13-14), pero no se revela o manifiesta en ella en cuanto mujer o persona aislada, sino en cuanto culminación de Israel (encarnación) y centro la iglesia (Pentecostés). Más que en María en cuanto separada, el Espíritu de Dios (Comunión del Padre y Jesús) se expresa y revela en el Amor mutuo de los creyentes, es decir, en la misma Comunión universal de la iglesia:

Para que todos *sean Uno*, como tú, Padre, en mí y yo en ti,  
para que también ellos sean Uno y el mundo conozca que tú me has enviado.  
Para que sean Uno, como nosotros somos Uno,  
yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en la unidad (Jn 17, 21-23)

Como hemos indicado ya, el Espíritu Santo es la misma comunión del Padre y el Hijo, que son *Uno*. Pues bien, de igual manera, todos los creyentes deben ser *Uno* en el Espíritu. Crear unidad: esta es la vocación y tarea de la iglesia, superando la vieja historia de una humanidad violenta, dividida; como persona privilegiada al servicio de esa unidad, como signo eclesial, podemos destacar a María, a la que podemos presentar como *transparencia del Espíritu Santo*.

- *La unidad de Dios es comunión del Padre y el Hijo en el Espíritu*. Este es el modelo y principio de toda comunión, el trasfondo de la historia, tal como ha venido a expresarse en el mundo por medio de Jesús.
- *La iglesia es comunión de amor y diálogo interhumano* en el Espíritu Santo. Frente al sistema social que vincula a los humanos por dinero (neoliberalismo), la iglesia les vincula en amor personal.

Jesús ha introducido este *principio de comunión del Espíritu* en la historia. Ciertamente, en el plano del sistema sigue siendo determinando el dinero y burocracia; más aún, los viejos poderes (sociales, estatales, militares, ideológicos) siguen influyendo. Más aún, han tomado gran importancia los moderes informáticos (los medios), vinculando en su "red" a todos los humanos. Pues bien, por encima de todo eso, los cristianos saben que en el fondo de la historia, abriendo un camino de Vida eterna, está influyendo algo más alto: el *principio comunión*. Como hemos indicado al principio este trabajo, en la tradición israelita resulta dominante el *principio esperanza*: la experiencia de la vida hecha camino que lleva al futuro de la reconciliación final. Pues bien, los cristianos entendemos el Espíritu no sólo como fuente de esperanza (de futuro), sino como *principio actual de comunión*, de vida compartida. Hay otros poderes que influyen de manera fuerte en nuestra historia, como sabe bien el Apocalipsis. Pero el más hondo de todas, gratuito y católico, es *el poder de comunión*, el Espíritu de Cristo, entendido como fuente de donación mutua y de vida compartida. Desde esta perspectiva podemos afirmar que la misma historia humana es despliegue del Espíritu de Dios, por medio de Cristo.

## 7. ESPÍRITU Y VIDA ETERNA. EL FUTURO DE LA HISTORIA

Del perdón y comunión pasamos (con el mismo símbolo de fe) a la Vida eterna, recordando lo dicho sobre la relación entre Espíritu santo y reino de Dios. *Jesús* había interpretado el Espíritu como presencia escatológica de Dios que libera a los posesos y abre a todos los humanos el camino del Reino. Los escribas se habían opuesto a su visión y proyecto, acusándole de endemoniado. *Los discípulos pascuales* siguen el ejemplo de Jesús, anunciando y expandiendo su mismo mensaje de reino. Por eso, es normal que sean perseguidos. Pues bien les promete el Espíritu:

Quando os lleven a entregaros (a los tribunales)  
no penséis de antemano lo que habéis de contestar;  
decid más bien aquello que (Dios mismo) os inspire aquella hora.  
Pues no seréis vosotros los que habléis sino el *Espíritu Santo* (Mc 13, 11 par).

Posiblemente, provienen de la comunidad cristiana, en nombre de Jesús, pues traducen una certeza básica de la iglesia. En medio de la persecución final, cuando los discípulos encuentren cerrados todos los caminos, el Espíritu de Dios se hará palabra de asistencia y ayuda para ellos, ofreciéndoles su ayuda escatológica, como fuerza de Vida y victoria en medio de la lucha de la historia. Pablo vincula esta certeza con la resurrección, pues sabe que el mismo Espíritu de Dios que ha resucitado a Jesús de entre los muertos, resucitará a los creyentes (Rom 8, 11-12).

Como venimos diciendo, el Espíritu es plenitud del amor intra-divino. Por eso puede ser garantía de plenitud y comunión para los creyentes, que descubren así que no se encuentran perdidos, como caminantes que jamás hallan su esencia, derrotados en las persecuciones, sino que tienen la asistencia del Espíritu. No hay dos escatologías, una de Dios, otra para los humanos, ni dos espíritus, uno de Dios otro de los humanos. El mismo Espíritu de la culminación de Dios (pleno amor, vida compartida) se presenta por Cristo como garantía de existencia (de Vida final) para los creyentes. De esta forma se entrelazan escatología y pneumatología. Dios no "inventa" para los humanos un final distinto, sino que les ofrece su propia vida en Cristo, la fuerza de su Espíritu:

La *escatología* es el misterio de las cosas últimas: la certeza de que los humanos, amorosamente creados por Dios, encuentran en su Espíritu la culminación completa. *Pneumatología* es el estudio del Espíritu de Dios, que actúa en los humanos, por el Cristo, abriendo para ellos un camino de perdón y comunión que lleva a la Vida eterna, es decir, a la escatología. Frente al giro constante de las cosas, que vuelven siempre a ser lo mismo, en círculos de eterno retorno, frente el ciego destino que oprime a los humanos, eleva Pablo la certeza de que el Espíritu dirige a los salvados hacia la plenitud final de su existencia. La *razón* discursiva en cuanto tal se pierde, la *mente* encerrada en el mundo no encuentra solución ni sabe cómo pedir y/o comportarse, pero el Espíritu de Dios viene y ayuda, con palabra de oración y esperanza salvadora:

– *Toda la creación* gime y sufre hasta ahora, como en dolores de parto. Pero no sólo ella,  
– *también nosotros*, que tenemos la primacía del Espíritu,  
gemimos muy por dentro, esperando la filiación, la redención de nuestro cuerpo.  
– *El Espíritu* nos ayuda en nuestra debilidad, pues no sabemos pedir como se debe,  
pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables (Rom 8, 22-26).

Así aparecen tres niveles de petición y esperanza: creación, nosotros, Espíritu de Dios. La *creación* gime en dolores de parto y también *nosotros* con ella gemimos: no podemos alcanzar la plenitud a solas, ni con la ayuda del mundo. Pero el *Espíritu Santo* se introduce en nuestra vida, asumiendo nuestra debilidad, animando y dirigiendo nuestra marcha hacia su Vida, apareciendo plenamente como comunión personal, amor mutuo de Dios y de Jesús, hogar de vida perdurable para los creyentes. Ciertamente, hemos recibido el Espíritu en la iglesia y dentro de ella elevamos nuestro en esperanza. Pero nuestra vida desborda el ámbito de la iglesia, para insertarse dentro de la gran esperanza cósmica.

- *Apertura a Dios, filiación completa* (cf. Gal 4, 5). Vivimos alienados, como esclavos arrojados sobre el mundo, pero el Espíritu santo nos alza y nos hace alcanzar la filiación
- *Transformación cósmica*. Vivimos en fragilidad, lucha y muerte. Por eso, esperamos un cuerpo distinto, en transparencia compartida, dentro de un mundo sembrado de esperanza por el Espíritu.

Siendo fuente y fuerza de amor mutuo, el Espíritu aparece en el Nuevo Testamento (y de un modo especial en Jn) como principio de experiencia escatológica. Jesús ha culminado su camino, ha sido glorificado por el Padre: "está sentado a su derecha" (Credo). Pero no les ha dejado solos, les ha dado el Espíritu, la misma Vida divina:

Tengo otras muchas cosas que deciros, pero ahora no podéis comprenderlas.  
 Cuando llegue aquél, *el Espíritu de la verdad*, os guiará hacia la verdad completa.  
 Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros.  
 Todo lo que tiene *el Padre* es mío, por eso os he dicho que recibirá de lo mío... (Jn 16, 13-15).

Conviene que Jesús se vaya, que culmine su camino, realizando plenamente el misterio del amor, para ofrecer a los humanos la promesa del Espíritu, que les lleve a la verdad completa, no sólo al final de los tiempos, sino aquí, en medio de la historia. Del plano cósmico de Pablo (Rom 8: el Espíritu gime, esperando libertad) pasamos al más antropológico y eclesial de Juan: el Espíritu de Cristo aparece desde ahora como don y presencia de Dios en el mismo camino de la iglesia, vinculando en amor (como amor) a los humanos. De esa forma, como hemos indicado, La escatología se identifica con la pneumatología, con el *despliegue de la verdad y vida* del Espíritu, con la transparencia de amor y comunión entre los humanos.

Ese despliegue que, conforme a Jn se realiza ya en el mismo tiempo de la iglesia, nos abre hacia el futuro de la culminación de Dios en la historia, hacia el futuro de la Vida. Por eso, creer en el Espíritu Santo significa *creer en el futuro de la vida*, en el camino del amor que supera las dificultades del mundo y nos dirige hacia el amor completo. Esta certeza básica puede formularse, según la tradición de la iglesia de maneras complementarias:

- *Resurrección de la carne*. El Espíritu aparece así como poder de resurrección. Los otros rasgos (perdón y comunión eclesial) culminan así: sobre un mundo que parece condenado a la ira, sobre un fondo de juicio y ruina universal, el Espíritu de Dios viene a mostrarse como victoria del amor sobre el odio, de la creación sobre la destrucción, de la vida sobre la muerte.
- *Vida eterna*. La misma resurrección es vida perdurable, hecha de amor que nunca acaba, comunión definitiva y plena de personas que se aman. Normalmente, la Vida eterna suele interpretarse en términos de inmortalidad. Frente a la carne mortal, el Espíritu eterno y ofrece eternidad a quienes lo reciben. Por el contrario, los que no tienen Espíritu, mueren y terminan para siempre.

A nivel superficial, ambas posturas parecen oponerse. Una cosa es la *resurrección*, que suele formularse desde un ámbito judío como victoria de Dios sobre la muerte. Otra es la *vida eterna*, concebida como profundidad divina, en línea helenista u oriental. En principio, los cristianos no creemos en la eternidad del alma o de la vida sino en el Dios que resucita a los muertos. Pero, dicho eso, debemos añadir la diferencia entre las dos formulaciones no es total.

- *La fe creencia en la inmortalidad tiende a vincularse al descubrimiento del alma*: sólo allí donde se sabe que el humano es más que mundo (más que puro proceso de muerte) se puede hablar de un alma o Vida que perdura, añadiendo que el alma es una especie de *divinidad caída*, un ser que por alguna razón misteriosa ha perdido su estatuto sagrado para introducirse en la rueda de la muerte. Por eso, mientras gira en el mundo, re-naciendo, re-muriendo, y re-naciendo, el alma está alejada de su esencia original; para salvarse, ella debe volver hacia sí misma, retornar a lo divino (hinduismo y budismo, orfismo, gnosís).
- *Pero también se puede hablar de inmortalidad por resurrección*. En esta perspectiva, el ser humano no es divino ni inmortal por naturaleza; es criatura histórica. No es inmortal en sí, pero puede alcanzar una vida más

alta y perdurable (eterna o sin fin) por gracia del Dios que le juzga (ratifica el camino de su vida mortal) y le resucita tras la muerte, en gesto de nueva creación. Esta es la experiencia básica de las religiones de la historia: judaísmo, cristianismo, islam. Ellas creen que el ser humano forma parte de la lucha de la vida. Pero creen que hay un Dios por encima de la muerte, un Señor de la Vida, que dirige la historia y que puede hacer que los humanos culminen su existencia en forma de resurrección.

En esta segunda perspectiva, *la fe en la resurrección de la carne y la fe en el vida eterna* acaban identificándose de algún modo, aunque judíos y cristianos tengamos que poner el acento en la resurrección, es decir, en la victoria de Dios y de la Vida sobre la muerte. Dentro del *judaísmo* del tiempo de Jesús, la fe en la resurrección era una doctrina importante, pero no obligatoria entre los varios grupos o tendencias del pueblo (los saduceos la negaban). Los judíos más cercanos a Jesús (esenios, fariseos) defendían la resurrección, destacando esta dos notas principales:

- *Resucita el pueblo en su conjunto*. Ciertamente, pueden distinguirse y se distinguen las personas, pero al fin la Resurrección y/o Vida se vinculado al triunfo nacional (final) del pueblo israelita.
- *Esa resurrección será al fin de los tiempos*, es decir, en la culminación de la historia, como plenitud y juicio de la obra de Dios. Desde este fondo, ella es un elemento clave de la teodicea israelita.

Pues bien, partiendo del judaísmo, pero desbordando sus fronteras, *los cristianos* han vinculado la resurrección con el triunfo de Cristo (ha vencido a la muerte) y la presencia del Espíritu Santo (que es poder de resurrección y vida eterna). Los cristianos no creen sin más en la resurrección general (final) *de los muertos*, aunque esa fe pueda estar en el fondo de su confesión pascual (cf. Rom 4, 17; Jn 11, 24), sino en el Dios que ha resucitado ya Jesús *de entre los muertos*, por obra del Espíritu; no se limitan a esperar la resurrección y vida del final, sino que la identifican con el triunfo de Jesús y su Espíritu de amor revelado por su pascua. Ellos creen que Jesús ha resucitado ya, de forma que pueden afirmar *¡Yo soy la resurrección y la Vida!* (cf. Jn 11, 25).

- *Los cristianos creen en resurrección de la carne*, es decir, de la naturaleza e historia. Así entendida, la carne (mundo, historia) no es la expresión de un eterno retorno angustioso, sino camino abierto por el Espíritu de Dios hacia la Creación definitiva. La resurrección ha de entenderse, según eso, desde el trasfondo personal de entrega mutua y donación de la vida, en amor compartido, es decir, presencia del Espíritu. *La carne vieja* de este mundo se entiende como lucha mutua, vivir los unos a costa de los otros. Por el contrario, *la carne resucitada* es vida compartida, riqueza y plenitud de relaciones sociales que vamos estableciendo a través de la comunicación gratuita y la entrega personal de los unos a los otros. Resucitar en la carne significa culminar la vida en comunión, por la fuerza del Espíritu.
- *La resurrección ha de entenderse en sentido dialógico, partiendo de la pascua de Jesús*. Ella pertenece al diálogo de los humanos con Dios, conforme al modelo de la pascua de Cristo. El resucitado no recupera la vida en mí mismo (en soledad), sino desde el amor de Dios, en el Espíritu. Por eso, estrictamente hablando, la resurrección consiste en dejar de vivir en mí mismo, para vivir desde Dios, en y con los otros, en la Comunión del Espíritu Santo. La resurrección no es una continuación de la vida anterior, ni un puro descubrimiento interior, sino la plenitud de comunión: pongo la vida en manos de Dios por la muerte y Dios me recibe en su Vida de amor. Vivir desde las manos de Dios, en el amor de su Espíritu: eso es la resurrección cristiana.
- *La resurrección empieza dentro de la misma historia*. Ciertamente, los cristianos se saben amenazados todavía por la muerte, en un mundo que sigue siendo campo de batalla, como sabe por ejemplo el Ap. Pero el mismo Ap 20, 1-6 añade que hay una *primera resurrección*, un milenio de triunfo de Cristo, un *reino histórico de los Mil Años* de dicha. Eso significa que los verdaderos creyentes empiezan a resucitar dentro de la misma historia, suscitando en el Espíritu espacios de gratuidad y vida, en unión con los mártires, expulsados, marginados de la sociedad antigua. Lógicamente, no basta la resurrección en este mundo. Por eso habrá una *Resurrección final o Segunda* (Ap 21-22) que se identifica con la vida después de la historia, con las bodas finales de la humanidad, que se introduce ya por siempre (sin perder su humanidad, sino culminándola) en la historia eterna de las Bodas de Dios.

De estas y otras formas puede hablarse de la resurrección y vida eterna, desde el Espíritu de Cristo, en el camino de la iglesia. Hay un tipo de vida que es muerte, hecha de lucha y competencia, de envidia y egoísmo. Pero hay un tipo más alto de Vida hecha de donación gratuita, de Regalo, de Acogida, de Comunión. Esa es la vida que se desvela en el camino de la iglesia, la Vida del Espíritu

### **Bibliografía básica**

#### **1. Magisterio:**

Juan Pablo II, *Dominum et Vivificantem* (Carta encíclica, 1986)

Comité Jubileo año 2000, *El Espíritu del Señor*, BAC, Madrid 1997

#### **1. Teología básica**

Barrett, C. K., *El Espíritu Santo y la Tradición Sinóptica*, Sec. Trinitario, Salamanca 1978

Congar, I. M., *El Espíritu Santo*, Herder, Barcelona 1983

Dunn, M. D. G., *El Espíritu Santo y Jesús*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1981

Mühlen, H., *El Espíritu Santo y la iglesia*, Sec. Trinitario, Salamanca 1998

Pikaza, X., *Dios como Espíritu y persona*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1989

Id., *Trinidad y comunidad humana*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1990

Schütz, C., *Introducción a la Pneumatología*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1991

Schweizer, E. *El Espíritu Santo*, Sígueme, Salamanca 1992

oooooo